

En *Aprendizaje del dolor*, Gadda se torna algo más llano, dentro de un mundo difícil. Entre 1925 y 1933, se examina las condiciones de vida en Maradagal (sitio con figuración algo utópica, aunque similar a un país rioplatense), luego de una guerra con el país limítrofe de Parapagal. La sátira de ciertos procedimientos es visible cuando revisa el mecanismo del favor electoral, "que se convierte en negocio de ineptos y faltos de merecimientos, aunque poseedores de voto, y figura entre las menos confesables y más persistentes características de las costumbres democráticas y republicanas en poco menos que la totalidad de Suramérica" (p.11).

La sátira a los falsos heridos de guerra, a los militares, a los funcionarios, a los procedimientos administrativos es acentuada. Apunta que "no siempre la buena fama de un hombre, en Suramérica, o la notoriedad de un funcionario, depende de la inutilidad de su misión" (p. 15).

La nobleza local recibe también un mandoble: "Sostenían algunos, especialmente un docto genealogista de Pastrufacio, a quien otros, empero, trataban de visionario, y otros de impostor y de vendido, y fabricante de duques sin ducado, que los Pirobutiro habían debido de heredar también nobleza y sangre de los Borja, y que en honor de San Francisco de Borja y de don Pedro Ribera, llamado el Españolito, recibían no raras veces, en la Fuente los nombres bautismales de Pedro o de Francisco. El bibliotecario jefe de la asociación de cultivadores de perales (con sede en Pastrufacio), que, ni qué decir tiene, poseía villa y perales en Lukones, en el número de noviembre de 1930 del periódico de la asociación titulado *La Pera*, desarrolló incluso una curiosa tesis filológica suya, en honor no se sabe bien si de los Pirobutiro, o de las peras butiro, según la cual "hacer una pera", en el idioma de Castilla la Vieja, significaba llevar a cabo una gran hazaña" (p. 55).

El héroe de la novela, si es que llega a configurarse genéricamente, resulta un ingeniero que se debate entre su rechazo a la relación con la madre y las conversaciones con un médico. Lo que importa, sí, verdaderamente, es el análisis de la vida en el país inventado y el tono irreverente con que se recubre la razón de ser de él.

Aproximarse a la obra de Gadda permite ver otro ángulo de la narrativa italiana. La repulsa a la modalidad dannunzianna que patrocinara Moravia halla ahora otro sendero: la de rechazo al argumento a lo Manzoni, que suele aún pesar entre algunos de los neorrealistas.

ALFONSO CALDERÓN.

<https://doi.org/10.29393/At414-129JPRS10129>

*Juan de los perros*, de LAUTARO GARCÍA. Zig Zag, 1966

Los futuros historiadores de las letras chilenas habrán de asumir acaso el compromiso de estudiar la revitalización lograda por el Criollismo en esta segunda mitad del siglo xx, es decir, cuando ya se le creía extinguido. Con sucesión de pocos meses han aparecido libros que permiten supo-

nerlo así, como *Juan sin nombre*, de Carlos Rozas Larraín; *Mi abuelo Ciriaco*, de Julio Silva Lazo, y ahora, finalmente, *Juan de los perros*, de Lautaro García. Los tres son estudios criollistas, nada parecidos entre sí, unidos, sin embargo, en la raíz popular, en las personas de unos cuantos huasos, vagabundos, tipos curiosos, a los cuales por natural convención suponemos eficaces representantes del ambiente criollo.

Lautaro García, además, en este libro muestra una nueva faceta de su talento literario, la de cuentista, que había quedado sumergida y que aflora en fin a las alturas de la edad alcanzada por el autor como una nueva y no esperada primavera. Los cuentos que forman este libro, seis en total, presentan para el lector la ventaja de que son muy diferentes en estilo, estructura y ambiente, y que unos son chistosos y otros, en tanto, de mucha seriedad. La amplitud de registro del autor, probada antes en el hecho de que, alternativamente, ha sido poeta en verso y en prosa, dramaturgo y costumbrista, se reafirma hoy en aquella gratísima alternancia de estilos, que hace de su libro un rico muestrario de aptitudes literarias.

No pertenece, pues, Lautaro García al grupo de los escritores monocordes, capaces de combinar unos mismos sonos muchas veces seguidas, a ver qué sucede. Lo que generalmente ocurre es conquistar el aburrimiento del lector, quien con razón o sin ella aspira a novedad y cambio. Lautaro García da esa novedad, si bien la composición misma de sus relatos no innova nada o casi nada con relación al uso de otros años. Sin hacer cargo por ello al autor, débese dejar constancia, entonces, de que Lautaro García ha preferido las rutas conocidas, en las cuales está seguro de no extraviarse, antes que hacer pininos de nuevas adquisiciones, no pocas veces frustradas.

Si en esta época de la crítica experimental, casi científica, le es permitido al crítico señalar lo que le gusta, conforme los usos de la escuela hedonista, yo señalaría sin vacilar *Dos hombres hablan en la oscuridad* como el mejor cuento de esta gavilla. Ese santo varón que lleva a las ancas de su caballo, en plena oscuridad del campo solitario, a un hombre sin Dios ni ley, es todo un carácter. No lo es menos el extraviado, a quien los azares de la vida y la mala cabeza han ido quitando cuanto poseía. Y así, dialogando los dos bajo las tinieblas, forman un dramático cuadro campesino, donde, claro está, no hay notas alegres y coloridas, pero en cambio, a puñados, excelentes atisbos de psicología.

*Juan de los perros*, que da título al libro, muestra una sola caracterización, la del personaje, que "vivía solo, enmontañado quebrada arriba", y debe admitirse que la estampa ofrece reciedumbre desde las primeras líneas, y a ella añade más adelante gracia rústica, socarronería y cierto altivo amor a la soledad, hasta el extremo de no reconocer aquel hombre más familia que la de sus cuatro perros. La etopeya termina cuando el viejo vagabundo, alcanzado por el temporal de nieve, cae en el camino y muere abandonado de todos: de todos, excepto de sus perros, que le hacen

guardia desesperada, hasta la muerte. Sin exagerar la nota patética, el autor entona con su relato un viril himno a la fidelidad perruna en las páginas de este sobrio cuento. *Juan de los perros* justifica plenamente su nombre y fija en la literatura nacional un excelente tipo de vagabundo, algo anárquico, borrachín y trapalón, pero no indigno de simpatía.

Rasgo característico del nuevo criollismo es la sobriedad de las descripciones, en contraste con el exceso de antes. En el libro de Lautaro García encontramos algunos bellos ejemplos. "Una nubecilla de polvo se levanta a lo lejos, tras los álamos empinados sobre los deslindes, igual que esas frágiles columnitas de humo que se alzan de las viviendas rústicas en el crepúsculo. Tras los cerros amatistas de la cordillera, el viento se ha quedado dormido con las alas plegadas; sólo despertará cuando la noche ascienda sigilosa desde la tierra reseca" (pp. 124-5).

Tal fragmento permite seguir muy bien el paso de este estilo de descripción y de comentario de la naturaleza, donde vemos, a la par, riqueza de léxico y emoción en las imágenes. Cualquiera habla del viento sobre el campo, sea cual fuere la estación que se describa; otra cosa es atribuirle alas en su sueño. La imaginación del autor procura halagar con esmero y prudencia los sentidos del lector, para lo cual el uso de esas imágenes no daña sino que, al revés, facilita la comunicación.

En el mismo cuento de donde tomamos aquel ejemplo, *El novio burlado*, se encuentra por lo demás otra etopeya, la del pobre Isidro, deforme, avaro, tímido, llegado a viejo sin poder concretar la quimera de casarse con una mujer que halaga su irregular sensualidad. El relato es, en sí, doloroso, pero en el camino, a medida que el cuentista agrega detalles y pequeños rasgos útiles, entretiene y satisface la curiosidad. Una vida tosca, de intereses muy reducidos, sin problemas angustiosos, asoma por allí, y basta para definir el tipo de existencia que se lleva en el campo y en la aldea. Todo es sencillote; cualquier encumbramiento sonaría hueco. Y Lautaro García, que lo sabe muy bien, dispone sus cuadros en forma sencilla, casta, con economía plausible de términos y de escenas.

En suma, Lautaro García cobra sitio en las filas de los cuentistas con estos amenos relatos. No es un criollista más, sino un buen criollista, con cuyas obras recias, de fuerte urdimbre, gana aquella escuela un talento activo, de primera fila.

RAÚL SILVA CASTRO.